La invocación de Xer Thul, gran manifestación del abismo.

Conocí en el trabajo a Dana el año pasado, aunque sé de su existencia desde mucho antes. Es verdad que tuvimos algunos puntos de encuentro y otros de disyunción, pero mis soluciones no suelen ser extremas. Es cierto que soy antisocial, que he escrito argumentos de horror y muerte como pasatiempo en el pasado; Del mismo modo, no es falso que yo haya sostenido públicamente que el valor de la vida es menor al que se le atribuye en el discurso, al contrastar lo concreto de la práctica; pero sostengo, a pesar de ello, que no fui yo quien la mató.

Ustedes me han atribuido haber maquinado cierto plan muy elaborado para quitarle la vida, pero si me conocieran, supieran entonces que suelo no comprometerme con mucho y que, aunque estoy lleno de miedo, ira, frustración y rencor sistemático, no soy una persona que resuelva las cosas con violencia, salvo en casos extremos.

No puedo negar que se me vio por los jardines de la ciudad a su lado, pero como he podido interpretar de su carta pasada, me queda claro que ni usted, ni nadie en su oficina me conoce con precisión. Lleva meses investigándome y no me rehusado a ninguna conferencia, a ningún mensaje, ni a confrontar terceros o las evidencias que yo mismo le facilitado.

Pero entiendo a qué se debe: el morbo puede más que la empatía, y la presión de la opinión pública exige satisfacción, como si fuera cierta sed, ¡y no es para menos!, cuando una considera la violencia superlativa del resultado final. Me estremece pensar en una muerte tan bizarra, y seguramente mis explicaciones no le bastarán, como, ya me ha manifestado insistentemente en el pasado.

Para mí, personalmente, su trabajo, me parece uno respetable. A los paparazzis y periodistas de amarillo no les respondo ni un solo mensaje. A usted, a la policía, y a la familia de Dana, le he dedicado estos largos meses de correspondencia, más que como un deber, a modo de terapia personal.

A la justicia no le temo: Si supiera del país que vengo, entendería la contradicción que se imprime en mi comportamiento cultural. Nuestro mundo es diferente, las instituciones son de cartón y hacen fachada de una maquinaria oscura; eso no me justificaría, en cualquier caso, y no pretendo que lo haga. Pero deba saber usted que colaboro tanto con su persona, como con los agentes de la ley del modo más arraigado en mis convicciones personales, más no de un modo coaccionado, a lo que no me sujeto. Ya le he referido que la corte suprema y yo mismo nos hemos declarado inimputables, además de mi amplio desentendimiento con las autoridades y la ley humana.

Se me antoja que usted, tanto como ella, y yo, somos piezas insignificantes de una gran ilusión; El sentido que ha construido e impreso la humanidad a su forma de vida es abominable desde hace siglos y ya varios reconocemos que, si hay un virus sobre el mundo, somos nosotros. Si tengo que confesarlo, sabrá que lo he hecho antes: estoy loco, y siempre lo he estado, y me enorgullece no encajar en la sociedad, ni ser parte de ella en la medida de lo humanamente posible. No quiero ser parte de una especie cuya historia en esencia, es la de sus guerras y aniquilaciones. Nunca he podido, ni querido encajar.

Esto se explica porque el orden regular de cosas, sencillamente, me enferma. Las relaciones interpersonales están basadas en un contrato cultural perverso y poco preciso, ni reflexionado. A esa falta de valores tácita le sobreviene la hipocresía y la puñalada traicionera. No somos libres, y lo que eso implica, es más grave de lo que se suele pensar. Las instituciones de nuestro mundo fueron pensadas hace varios siglos y nunca han logrado adaptarse a la nueva vida en el nuevo planeta. Ella compartía conmigo, muchas, y otras visiones que puede calificar de pesimistas, pero que para nosotros era evidente y aunque triste, trascendible.

Desde que me queda poco tiempo antes de morir, debo apresurar los hechos. Ella estaba obsesionada con cierta criatura de una mitología antigua que encontró en un libro viejo llamado *De secretis fratrum Thar*, ejemplar del cual había conseguida una, o dos páginas sueltas olvidadas por un científico de la planta del reactor nuclear. Yo no vi la imagen, pero ella me refirió que en soledad logró traducir el fragmento de la descripción de cierta entidad, quedando embelesada con ésta. Lo poco que pude saber por parte suya, al respecto, era que había cierta criatura de otra dimensión que había estado intentado contactarla, a raíz de tal ocurrencia en que ella logró decodificar aquel fragmento del libro maldito.

Nunca me explicó mucho más que lo siguiente: Xer Thul representaba a ciertos plasmas de materia que podían manifestarse espontáneamente en nuestras coordenadas espaciotemporales, teniendo, a nuestros ojos, siempre la misma apariencia de una suerte de moco plastelinoso con un color extraño, como de ondas eléctricas color magma alternando de acuerdo a su humor. Los tonos de mostaza y marrón alternaban con una luminosidad electroestática que hacía que cada parte de la especie tome formas diversas, de acuerdo a sus necesidades, y siendo desconocida su forma natural, pero siendo tradicional cierta postura específica.

La mente de todas las manifestaciones materiales de Xer Thul era una misma. Padecían de lo que se conoce como la mentalidad de colmena, participando toda substancia material manifestada, de una misma voluntad y espíritu. La visión misma de un pedazo de Xer Thul, era contemplar el misterio de toda una historia en otro mundo para el cual estamos muy poco aptos de poder representar.

Un día, mientras limpiábamos el reactor, ella notó que una substancia extraña se encontraba en una válvula de seguridad, y en contra de todo protocola, la extrajo con las manos, descubriendo una masa movediza que palpitaba entre luces y colores ocres, tomando la forma de una explosión de agua cuando una gota impacta algún cuerpo de agua.

Dana se enamoró del fragmento y lo atesoró como a una mascota, ofreciéndole comidas varias, fallando al inicio, hasta que notó que asimilaba ciertas proteínas que se ubican en los huesos humanos. El resto de substancias eran traspasados por su materialidad esquiva, para luego recomponerse en una misma masa que pareciendo líquida, daba la impresión de inestabilidad.

Desde entonces, de acuerdo a cómo ella me lo contó, sus sueños se tornaron en una experiencia distinta, en donde había cierta continuidad de hechos, y que le daba la impresión de cohabitar en un mundo independiente de su subconsciente. Le pedí cientos de veces a Dana que se deshaga de tal ente abyecto, pero ella lo atesoraba por encima de todo y pronto empezó a descuidar su trabajo.

La semana segunda de agosto, nuestro turno de mantenimiento en el reactor terminó y fue entonces que me confió que le guarde aquella cosa, que yo desconocía entonces, y que me causaba tanto temor. Me lo pidió porque quería ocultárselo a su pareja y aún no logro comprender la razón de porqué acepté. Sus ojos estaban raros y la mirada perdida me hacía pensar que no fuera ella realmente. Los turnos largos de labor y los sueños vívidos no habían parado para la pobre Dana.

Me bastó una noche con el engendro interdimensional para perder la cordura. No espero que mi sueño explique la condición brutal en que fue hallado el cadáver de Dana, pero se lo voy a referir de todos modos. No puedo dar explicación forense de sus huesos desaparecidos, ni de aquella substancia viscosa color mostaza hallada en toda su carne triturada. Sabe bien que ninguna máquina podría hacer algo así, ni mucho menos algún operario cedería a usar tan abominable acto. No hay aparato ni ejecutor humano posible que realice tan atroz escenario.

Aquella fatídica noche llegué cansado a casa y calenté una comida que había dejado hace semanas. No fue sino hasta el día siguiente que olvidé que tenía al ser en mi mochila. Fue muy tarde cuando lo encontré a la mañana siguiente de la pesadilla. Debo haber tenido fiebres, porque desperté empapado y se sabe que el invierno es intenso en esta época.

En mi sueño me encontraba en una gran ciudadela de pilares dorados, en un mundo de cielo rosado que nunca cambiaba. Había una tumultuosa comunidad viviendo en paz en plataformas que flotaban sobre un océano. La vegetación abundaba y creí reconocer helechos del cámbrico o pérmico. En la plataforma en que yo había despertado, una serie de individuos que parecían doctores me analizaban desde lejos, y una criatura se me acercó montando una especie de caracol flotante.

Todos los seres, salvo el jinete, tenían visualmente la misma textura; eran todos fragmentos de Xer Thul, que me observaba panteístamente sin que yo lo advirtiera. El jinete me hablaba, pero yo apenas escuchaba su voz ahogada, como en una frecuencia distinta, sin embargo, el resto parecía entenderle, y me pareció ser entonces yo, la raíz del problema, por lo que me toqué los oídos en la cabeza.

Fue amplio mi desconcierto cuando percibí que mi forma de humano había mutado en una suerte de miasma alargado con brotes diversos en un lado y con tres órganos tentaculares del otro. De mis brotes, podía sentirlo, se evidenciaba cierta información, alguna suerte de simbología o sintomatología, que los doctores no paraban de interpretar. Mi forma no era única, sino que otros sujetos tenían la misma conformación, pero había diversa variedad de formas bien determinadas, cada cual, seguramente, cumpliendo una función.

El color de la mayoría de fragmentos de Xer Thul eran como una estática de capas intercambiantes de marrón, mostaza y luz. Mientras en los seres que ya eran parte de la gran mente, sus colores eran de la misma frecuencia, en el caso del jinete, se apreciaba un color oscuro y estático. En todos los seres, había una especie de ojo flotando al fondo del miasma efervescente.

Tomé mucho en comprender que debía pegar uno de los tentáculos al piso para poder escuchar y pude entonces comprobar horrorizado que la voz del jinete, no era otra que la de Dana, quien me explicaba que estos individuos (esa fue la palabra que utilizó, y ahora logro ver la ironía) le habían permitido tener una montura voladora en su mundo, siempre y cuando le ofreciera a cambio ciertas bondades. Ella sonaba entusiasmada, porque había fabulado la idea de cierto mundo en el que muchas personas pueden soñar al mismo tiempo, en un desarrollo independiente de nuestro mundo no onírico.

En ese momento, yo lo daba por sueño, y espero que siga siendo así, pero lo cierto es que yo no confié en tales seres del mismo modo en que Dana lo hacía. Deben haber anticipado mi recelo, debido a que cuando uno de los mismas tentaculares intentó comunicarse conmigo, se mostró tan efusivamente amable, que me hizo desconfiar más de él.

Mi color, como el de Dana, era el mismo marrón de cerveza oscura, opaco, que contrastaba con la luminosidad oscilante del resto de criaturas que eran Xer Thul. Era difícil moverse, y tenía muchas ganas de explorar y visitar tales palacios absurdos para nuestro uso, pero me pesaba el cuerpo y se me ofreció una ayuda. Se me puso en frente un caracol, que, según entendí, era un facilitador del desplazamiento, y que, a cambio, querían cierta parte de mí, y quizás, hasta podría vivir en esta ciudad para siempre.

En este trance, en el que me sentía oprimido y me resistía a recibir su ayuda, se me iba explicando mentalmente algo que comprendía sin que se me fuera directamente comunicado. Comprendía de pronto que este mundo era uno denso y que el movimiento era difícilmente superable para los de nuestro mundo. La montura del caracol ofrecía un cambio muy marcado, pero yo no quería acceder a su trato.

Se me develó que este mundo, no era una alucinación onírica, sino que Dana había dado con las coordenadas de cierto plano en que Xer Thul habitaba y nos solicitaba diplomáticamente intercambiar individuos, idea frente a la cual me congelé del miedo. No quisiera ni pensar lo que uno sólo de esos bichos puede hacer en nuestro mundo.

Yo me negué y sentí que estaba despertando, pero no porque lo quisiera o necesitara fisiológicamente, sino porque ellos me expulsaban de su mundo, un poco ofendidos con mi desconfianza. Ella, sin embargo, seguía hablando con ellos, de cierto ritual, de cierta invocación de Xer Thul en nuestro mundo y de ella en el suyo.

Antes de despertar, sin embargo, tuve una visión terrible, en donde ella accedía al trato que le presentaban, de modo que cierta entidad empezaba a invadir nuestro mundo, mientras que ella pasaba a ser de ese mundo, y exactamente después de que ella tomase su forma real en el mundo de Xer Thul, el caracol se carbonizó en el aire, dejando caer a Dana desde muy alto, luego de lo cual fue infestada por plasmas de la entidad maldita, quienes se alimentaron de sus huesos.

Seguramente mis relatos oníricos no tienen valor científico para su investigación, pero debe contemplar que hay cosas que exceden a nuestra razón limitada humana, y que muchas otras cosas habitan en los mundos, más allá de nuestras insignificantes vidas. Le he ofrecido la explicación que yo le quiero transmitir. Respecto a las pruebas de mi estancia en un rincón opuesto de la ciudad a la casa de Dana, no le podrá dejar dudas, que no podido transportarme mágicamente de un sitio a otro. El miasma que dejé en mi mochila lo he perdido y sospecho que ha entrado por las tuberías.

Hace mucho ya, que dejé esa casa, hace mucho ya, que Dana murió violentamente en otro plano, engañada por una especie desconocida con mentalidad de colmena. Hace mucho, también, que le ofrezco mis explicaciones, del mejor modo que puedo ponerlas en el estado en que me encuentro. Le he referido con anterioridad que he dejado de dormir por miedo de soñar. Llevo tres semanas sin dormir y el cuerpo está empezando a colapsar.

Pero no logro conciliar el sueño. Nunca más, luego de soñar con ese mundo infeliz, de nuevo, en donde Dana era uno de ellos y me explicaba que era inútil resistirse, ahora que la invocación de Xer Thul había sido concluida.